

les, coloniales, religiosos, filosóficos, científicos, económicos, industriales, y otros mil que se presenten, sino ni el autómatas construido exprofeso por un Supremo Hacedor.

Costa lamenta la abulia popular y censura la inconsciencia de las clases directoras.

He ahí dos puntos importantísimos que constituyen el problema actual del mundo, y sobre los cuales no se fijó tal vez suficientemente el águila de Graus.

Porque lo que parece abulia popular es un estado psíquico transitorio en el desarrollo ascendente de lo pequeño a lo grande del programa de La Internacional; y lo que se tiene por inconsciencia de las clases directoras, quizá no es más que fatal incapacidad burguesa.

Téngase presente que el mundo material pertenece a los propietarios; que el agregado intelectual creado por los hombres de todos los países y de todas las generaciones pertenece a la generalidad de los privilegiados, y que de toda esa riqueza natural y social que se traduce en honores, poder, ciencia, arte, lujo, placeres, quedan excluidos, desheredados, los proletarios, los jornaleros, los sujetos al inicuo derecho de accesión, los que trabajan por un jornal tamizado por la oferta y la demanda, los que en horrible y vergonzosa mayoría permanecen analfabetos, o emigran o mueren de inanición hasta en la vía pública de las grandes capitales.

La humanidad es una: todos los hombres, no ya como finalidad, sino como origen, como condición de existencia, son esencialmente hermanos, y fraternales han de ser sus relaciones.

No vive solo ni se aísla un hombre, ni una familia, ni una nación, ni una raza, ni género alguno de colectividad humana. En todo lo que interviene la acción de un hombre hay la acción de todos sus predecesores y la mayor parte de la de sus contemporáneos. En la idea que agita

mi cerebro, en la pluma con que trazo estas líneas, en el papel en que quedan escritas se halla contenida la historia de la ciencia y de la industria de toda la humanidad.

Y siendo así, la división que establece la propiedad es insostenible, es contra natura, y todo el que lamenta sus efectos sin rechazar sus causas pierde el tiempo.

Y esa división, tanto como en los hechos, vive en las inteligencias de los reformadores, en el temor de los poderosos, en la esperanza de los hambrientos, y contra ella, y, por tanto, en pro de la unidad humana sólo alza su voz el proletariado consciente, único agente progresivo de la época, que reivindica para todo el mundo la libre participación de todos, sin limitaciones ni exclusivismos, en el patrimonio universal."

Mecanismo del Universo (Dios, el mundo y el alma bajo un nuevo aspecto), por Víctor H. Tamayo (Barcelona, Casa Editorial Maucci). Leamos el prefacio que revela una buena intención:

"Es conveniente darse cuenta de la crisis moral porque atraviesan las civilizaciones modernas, poseídas en el momento actual de un desaliento semejante al que se produjo después de la muerte de Aristóteles, cuando la filosofía griega, desanimada y fatigada de las especulaciones metafísicas de Platón y de su discípulo, vio surgir la vergonzosa abdicación del pensamiento en aquellos pensadores que, como Pirrón, creían que la sabiduría teórica consistía en la suspensión del juicio; no afirmar ni negar nada; que, como Séneca, esgrimían el "sólo sé que no sé nada" o que como Arcesilao añadían: "y esto mismo no lo sé de cierto," y que, como Carneades, se ejercitaban en el sofisma, defendiendo un día la justicia y al siguiente la injusticia con la misma elocuencia y la misma fe aquélla que era una ausencia completa de fe.

La crisis actual, en un plano más,